

Ni dios, ni patria, ni rey, ni amo. Del nuevo mundo al mundo nuevo — Carlos Grassa Toro

184/193

Estudio de caso nº 6: La invención de América

Plantea el caso: Peter Bichsel, en “América no existe”, en *Cosa de niños. Kindergeschichte*, para la edición original.

(No confundir temas con materias)

Temas: Realidad, escritura, poder, conquista, ciencia, conocimiento, pintura, libro, verdad, naturaleza, viaje, teología, hombres, olvido, mancha, fuente.

Hipótesis: Todo lo que está escrito existe.

Hipótesis: Existe lo que está escrito.

No se puede escribir todo, escribir es una elección, la realidad es una elección.

“¿Cuántos volúmenes harían falta para incluir únicamente los términos con los cuales designaríamos las colecciones distintas de fenómenos, si estos fueran conocidos?”.

Fuente. Diderot: *Sobre la interpretación de la naturaleza*. 1753-1754.

América ya existía antes de que Colón iniciara su navegación. Colón había leído *Imago mundi* de Pierre d'Ailly, *Historia natural* de Plinio, *Historia rerum ubique gestarum locorumque descriptio* de Eneas Silvio y *Viajes* de Marco Polo cómo iba a ser la tierra a la que él había decidido viajar; por eso, cuando llegó a la primera isla, solo tuvo que reconocerla y no descubrirla, como se repite con equivocada insistencia.

Fuentes. Colón, Cristóbal: *Diarios*. 1492-1493. Colón, Fernando: *Historia del Almirante don Cristóbal Colón*.

Antes de partir, Colón sabía que llegaría a India, concretamente a la zona donde los antiguos habían situado el jardín del Edén bíblico. Y allí llegó. Colón era un hombre de fe. La realidad no le hizo cambiar de opinión, sencillamente porque la realidad era lo que él escribía en su diario. Colón iba en busca del país de las maravillas y lo encontró en el primer viaje; le importaba poco qué tenía delante y si algo le interesaba, pertenecía al reino mineral o vegetal. El Almirante no estaba dispuesto a hacer el esfuerzo de conocer a los indios, ni siquiera les reconocía que tuvieran una lengua con la que se pudieran comunicar con precisión, pero le sobraba la inteligencia, o la astucia, para saber que ese conocimiento formaba parte de la conquista, y se lo encargó a un franciscano de nombre Ramón Pané.

Fuente. Pané, Ramón: *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. 1498.

El fraile viajó durante dos años por el Nuevo Mundo acompañado de intérpretes y, pacientemente, se fue haciendo con un vocabulario indígena. Escribió lo que le contaron los indios de viva voz. La información que aporta Pané, centrada en mitos y creencias, no es demasiado relevante, pero su proceder señala el camino a seguir para conocer: hay que viajar, vivir en el lugar que se quiere estudiar, frecuentar a sus habitantes, aprender su lengua.

Pané no es todavía un etnógrafo, menos un naturalista, pero tiene el reconocimiento de pionero en el descubrimiento, entendido aquí como conocimiento, de América. Pané se sitúa en el

inicio de una cadena que nos llevará hasta Humboldt, quizás hasta Nuria Rodríguez.

En esos primeros años de Conquista (finales del siglo ^{xv} y principios del siglo ^{xvi}), el Nuevo Mundo fue lo que los escritores quisieron que fuera: la única información la proporcionaban ellos y al resto de la humanidad le quedaba la opción de creer o no. Era además información escrita y, gran novedad, publicada gracias a la imprenta. Para aquel entonces, la escritura y todavía más la edición ya habían sustituido en Occidente a la oralidad como modelo de fiabilidad. La escritura se confundía con la verdad y la verdad, con la realidad.

Colón escribía, Pané escribía, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Bernardino de Sahagún, Fray Diego Durán, Francisco Hernández, Bartolomé Álvarez, Pedro Sarmiento de Gamboa, Josef de Acosta y decenas, centenas de otros hombres (en masculino) escribían durante la Conquista de América. Escribían sobre todo y a todas horas.

Ante una práctica tan inusitada, por descomunal, en la historia de la humanidad, vale formular las mismas preguntas que nos sirven para analizar el más breve de los textos: ¿para qué?, ¿qué?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿para quién? Y en esta ocasión merece la pena invertir el orden en las respuestas.

Para quién escriben. Pané trabaja (escribe) para Colón; Colón trabaja para los Reyes Católicos; los Reyes Católicos, para el papa; él, para Dios. Esta jerarquía se hace explícita (por escrito) desde el primer momento, cuando el papa Alejandro VI firma las primeras bulas que autorizan la Conquista a los reyes de España.

Dios no lee, no lo necesita; cuando Sahagún o Acosta escriben, Dios ya sabe qué van a escribir; más: él ha decidido que van a escribir; todavía más: él decidió en su momento (en la eternidad) que Sahagún y Acosta existieran. El papa lee: quiere llevar la cuenta de los nuevos cristianos. Quiere además que sean católicos. Los reyes leen (o les leen): los Católicos, Carlos I, Felipe II. Leen porque quieren controlar todo lo que sucede a miles de kilómetros de distancia, en una tierra que les pertenece, quieren saber cuánto oro extraído de las minas les corresponde; qué plantas son comestibles o medicinales; quién, entre los conquistadores, será el próximo traidor a la corona; dónde mana la fuente de la eterna juventud.

Los escritores de la Conquista escriben para mayor gloria de Dios, y para mayor poder de sus reyes y de su patria. Su prioridad es utilizar la escritura como arma de conquista.

Dónde escriben. *In situ*, en un lugar, una geografía, un ecosistema, un paisaje que desconocían completamente hasta el día de su llegada y que cambia a cada momento conforme avanza la conquista y ellos avanzan.

Cuándo escriben. A todas horas, mientras viajan a pie, a caballo, en canoa o sobre la espalda de un indio; mientras sanan enfermos, capturan papagayos vivos, reducen motines a bordo, leen a los escritores que les preceden por un palmo o cocinan carne de cualquier mamífero: mientras recogen plantas nunca vistas, trafican con esclavos, ofician misa, ordenan bibliotecas, o miden eclipses.

Cómo escriben. En español; excepcionalmente, como en el caso de Fray Bernardino de Sahagún, en náhuatl y español. Algunas escrituras van acompañadas de ilustraciones descriptivas. La forma de diario se agota con Colón; pronto aparecen las relaciones, las historias naturales, morales o de cosas, las crónicas. Hay un intento por ordenar, jerarquizar, clasificar ámbitos de conocimiento.

Qué escriben. Sus experiencias, lo vivido, y hacen hincapié en que ellos están ahí, en que lo que relatan lo han visto con sus ojos, tocado con sus manos, escuchado con sus oídos, incluso olido con sus narices y probado por su boca. La sensación, la información que les aportan sus sentidos, se impone como materia principal.

También escriben sobre el pasado de los pueblos que conquistan, a partir de la información que les ofrecen los propios indios oralmente o a través de sus escrituras repletas de imágenes, desconocidas en Europa, imágenes que tienen que descifrar. ¿Quién dijo que la imagen era un lenguaje universal?

¿Para qué escriben? El primer fin es la creación de realidad: escriben, nombran, numeran para crear una realidad en la que poder sobrevivir. Esta creación de realidad pronto se confundirá con apropiación de realidad y entonces la escritura pasará a ser un arma más de conquista, que favorecerá, argumentará, legitimará el saqueo físico y espiritual de un continente y de sus habitantes. Para llevar a cabo esta magna acción de conquista hay que conocer. Lejos del lugar común que se refiere al desprecio por el otro, los conquistadores españoles reconocen al otro y a lo otro. Lo reconocen y quieren saber todo lo relativo al Nuevo Mundo, todo porque quieren apropiarse de todo.

Los conquistadores querían conocer para vencer.

El conocimiento de lo que ellos consideraban bueno (sal, agua, oro, perlas) les servía para sobrevivir o para obtener riquezas y poder. El conocimiento de lo que consideraban malo (la idolatría, el canibalismo, los sacrificios), les resultaba indispensable para combatirlo y extirparlo.

La desmesura de la empresa, otra más, nos ha legado un corpus documental inusitado hasta la época.

La tarea de recoger información, analizarla, compararla y convertirla en conocimiento solo podía encargarse a quien tuviera capacidad de percepción y de comunicación y, obviamente, facilidad para la escritura. No sobraban candidatos, tampoco faltaron, fueron

Fuente: Todorov, Tzvetan: *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre.*

Fuente: Núñez Cabeza de Vaca, Álvar: *Naufragios y comentarios*. 1541-1555.

religiosos, médicos, funcionarios, navegantes, soldados; podía ser la escritura su tarea principal o podían compaginarla con las de la navegación, la evangelización, la batalla, la administración o la supervivencia, como fue el caso de Álvar Núñez Cabeza de Vaca.

Aquí nos ocuparemos de algunos protagonistas, aquellos que legaron un extenso y pertinente conocimiento del que iba a nutrirse la humanidad desde la primera hora, o siglos después en el caso de aquellas obras que el poder consideró en su momento inoportunas, perjudiciales, reprobables, y nunca dio a la imprenta.

Pané fue el primero. Ya me he referido a él.

Pané no llegó a escribir un libro. Su texto nos ha llegado gracias a las citas y copias de Anglería, Las Casas, Hernando Colón.

Gonzalo Fernández de Oviedo, en el proemio a *Sumario de la natural historia de las Indias* resalta que lo importante es, precisamente, la existencia del libro, y más aún, que el autor sea quien “por vista de ojos” ha tenido conocimiento de esa naturaleza hasta entonces incógnita: “Sacra, católica, cesárea, real majestad. La cosa que más conserva y sostiene las obras de natura en la memoria de los mortales son las historias y libros en que se hallan escritas, y aquellas por más verdaderas y auténticas se estiman que por vista de ojos el comedido entendimiento del hombre que por el mundo ha andado se ocupó en escribirlas, y dijo lo que pudo ver y entendió de semejantes materias”.

Fernández de Oviedo es uno de los pioneros en el relato americano; quiere llegar a un público amplio, por eso elige para el *Sumario* la forma de divulgación que se aparta de los relatos de la antigüedad y enfila hacia una escritura renacentista de corte más científico: orden en la clasificación de temas, concisión en la descripción y apoyo con imágenes referenciales.

Fray Bernardino de Sahagún, lo hemos dicho, es un caso excepcional: la *Historia general de las cosas de Nueva España* es un libro que pretende abarcar la totalidad del conocimiento disponible sobre los aztecas. Referirse a las cosas anuncia que la lista de temas será exhaustiva y lo es.

El método de trabajo de Sahagún es ejemplar: primero redactó una memoria de las materias que iba a trabajar; luego, junto a los principales de Tepepulco y les pidió “personas hábiles y experimentadas con quien pudiese platicar y me supiesen dar razón de lo que les preguntase”. Le presentan a una docena de ancianos y “hasta cuatro latinos” (hablan su lengua, español y latín), educados en el Colegio Santa Cruz de Tlatilolco; a partir de ahí empieza la recogida de información: “Todas las cosas que conferimos me las dieron en pinturas, que era la escriptura que ellos antiguamente usavan, y los

Fuente. Sahagún, Fray Bernardino de: *Historia general de las cosas de Nueva España*. 1558-1577.

Fuente. Hernández, Francisco: *Antigüedades de la Nueva España*. 1570-1577.

Cuando en 1764 Mutis le pide al rey Carlos III que publique íntegra la obra de Hernández, le sugiere que encargue nuevas láminas “acomodadas al gusto del siglo”.

Hernández viajó con su hijo Juan, el geógrafo Francisco Domínguez, pintores indígenas, herbolarios, médicos indígenas y mozos de carga. Los pintores indígenas tenían una manera propia de representar que no siempre coincidía con los intereses de Hernández, que quería imágenes verdaderas.

Fuente. Durán, Fray Diego: *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*. 1570-1581.

gramáticos las declararon en su lengua, escribiendo la declaración al pie de la pintura. Tengo aún los originales. También en este tiempo dicté la apostilla y los cantares; escriviéronlos los latinos en el mismo pueblo de Tepepulco.”

Además del texto bilingüe y anotaciones del propio Sahagún, el códice original incluía mil ochocientos cincuenta y cinco ilustraciones descriptivas, realizadas por tlacuilo, dibujantes y pintores profesionales aztecas.

Sahagún dedica cuarenta años a la redacción de la obra, la termina con 77 años; ese mismo 1577, Felipe II se dirige por carta al virrey Martín Enríquez para prohibir que se escriba sobre las supersticiones de los indios. *Historia General de las cosas de Nueva España* queda sin publicar. El códice original, originalmente en manos del papado, se desvela en 1793. La primera edición completa es de finales del siglo XX. El propio Sahagún se prestó a censurar su obra y a ofrecer una versión muy reducida solo en español.

Francisco Hernández era médico de Felipe II cuando este le ordenó en 1570 que embarcarse hacia América con el propósito de “ir a hacer la historia de las cosas naturales de nuestras Indias”. Se relaciona con el arzobispo de Veracruz, con profesores, cronistas y con los indígenas que colaboran en sus expediciones: pintores, médicos, yerberos, guías. Es un naturalista del Renacimiento avanzando por un paisaje conquistado. Cumplió con el encargo: treinta ocho libros sobre plantas y animales, que Felipe II no quiso dar a la imprenta (el poder sobre la escritura). No se resistió a escribir una breve historia de la cultura náhuatl: mexicas, tetzcocanos, tlaxcaltecas, chilultecas, en su última etapa, la azteca: *Antigüedades de la Nueva España*.

Hernández anota en el proemio una resistencia indígena que el resto de escritores o no conoció o calló:

“Lo más difícil y que más me apartaba de este trabajo, es que sean los ritos de estas gentes tan varios e inconstantes, que apenas algo firme y continuo pueda trasmitirse y que esto mismo apenas pueda arrancarse a estos hombres, porque o cuidándose ellos mismos u odiándonos a nosotros, esconden en arcanos lo que tienen conocido e investigado, o porque olvidados de las cosas de sus mayores (tanta es su rudeza y su desidia) nada puedan contar de notable.”

Francisco Hernández pone el dedo en la llaga: ¿cómo de fiable era la información que durante años ofrecieron los indios a sus dominadores? ¿Por qué habrían de entregar los indios una información que no redundaría en una vida mejor para ellos? ¿No tenían bastante los españoles con el oro, que también querían el conocimiento ancestral sobre la naturaleza?

Fray Diego Durán también utiliza los testimonios orales, y los hace explícitos, pero da importancia primordial a los libros de los indios, que los españoles se empeñaron en llamar pinturas; por eso desde el prólogo de *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme* manifiesta su indignación: “Erraron mucho los que, con buen celo, pero no con mucha prudencia, quemaron y destruyeron al principio todas las pinturas de antiguallas que tenían, pues nos dejaron tan sin luz, que delante de nuestros ojos idolatran y no los entendemos.”

Fuente. Landa, Diego de: *Relación de las cosas de Yucatán*. 1556.

Entre los de “buen celo” estaba el franciscano Diego de Landa que, conforme recopilaba información en el Yucatán destruía físicamente las fuentes, y hasta a sus poseedores. El fuego podía servir para las dos tareas.

Fuente. *De las costumbres y conversión de los indios del Perú*. 1587-1588.

Durán no se conforma con una versión, busca, indaga, contrasta fuentes y se queda con la que más le convence. El concepto de verdad empieza a cambiar.

Bartolomé Álvarez, sacerdote que habla español, latín, quechua y aimara, tiene muy claro que escribe para remediar lo que él estima pobres resultados de cincuenta años de evangelización. Casi cien años después, *De las costumbres y conversión de los indios del Perú*, el libro de Álvarez, coincide en intenciones con el de Pané. La diferencia es que ahora ya existe una biblioteca de la Conquista, y cada nuevo libro no solo se tiene que confrontar con la realidad, sino con el resto de libros. Por eso, con explícito descaro, Bartolomé Álvarez manda al jesuita Josef de Acosta el siguiente recado:

“La relación del padre Acosta dudo si tocará en lo que yo hablo de los santos sacramentos, porque tiene esa religión (la Compañía de Jesús) la opinión contraria de todo el estado eclesiástico que reside en este reino. Y porque su opinión y la de muchos es decir bien de los indios y la mía es decir mal, al parecer sé que no hallaré quien me de favor, si la verdad que trato no me favorece; en la cual confío, porque todos los males que de los indios digo son para que se vea y estudie cómo los podrán traer al conocimiento de los bienes en que se han de salvar.”

Fuente. Acosta, Josef de: *Historia Moral y Natural de las Indias*. 1591.

Escritura contra escritura: lucha encarnizada por imponer la verdad de cada cual.

Josef de Acosta todavía no había publicado *Historia Moral y Natural de las Indias* cuando Bartolomé Álvarez arremetió contra su obra, lo que invita a pensar una vez más en una comunidad de conocimiento.

Josef de Acosta es jesuita. Él representa el final de una etapa, el inicio de otra. El Renacimiento ha dejado su huella, donde sus antecesores creen con fe ciega en la verdad. Acosta hará gala de un relativismo que anuncia otra manera de entender el conocimiento,

y de escribirlo. Aparece la noción de investigación y progreso. Han pasado cien años desde las primeras líneas del diario de Colón, el mundo ha cambiado. Acosta lo sabe, y no solo eso. Ellos también han cambiado: empieza a resultar difícil incluir a personas como Josef de Acosta en la condición de conquistador. Es un estudioso: “Del Nuevo Mundo e Indias Occidentales han escrito muchos autores diversos libros y relaciones en que dan noticias de las cosas nuevas y extrañas que en aquellas partes se ha descubierto, y de los hechos y sucesos de los españoles que las han conquistado y poblado. Mas hasta agora no he visto autor que trate de declarar las causas y razón de tales novedades y extrañezas de naturaleza, ni que haga discurso e inquisición en esta parte; ni tampoco he topado libro cuyo argumento sea los hechos y historia de los mismos indios, antiguos y naturales habitantes del nuevo orbe”.

Acosta quiere conocer las causas, la razones más allá del relato. Empieza una nueva fase de conocimiento, al inventario interesado le sucede la explicación. Hay mucho por hacer y Acosta va a hacerlo: “Así que, aunque el Mundo Nuevo ya no es nuevo sino viejo según hay mucho dicho y escrito dél, todavía me parece que en alguna manera se podrá tener esta historia por nueva: por ser juntamente historia y en parte filosofía, y por ser no solo de las obras de la naturaleza sino también las de libre albedrío, que son los hechos y costumbres de hombres. Por donde me pareció darle nombre de *Historia Natural y Moral de Indias*, abrazando con este intento ambas cosas.”

Lo natural y lo moral unidos: nos acercamos a la noción de sistema, tan cara a Humboldt. La escritura sobre el mundo va a cambiar. Enfilamos hacia la modernidad. Aún tardará en llegar la *Encyclopédie*, pero se están poniendo las bases. Ya no hay Nuevo Mundo: empieza la posibilidad de escribir un Mundo Nuevo.

La Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada se inició en 1783 bajo dirección de José Celestino Mutis, sacerdote al servicio del rey Carlos III. Mutis propone, critica, confronta al poder, se intuye ya qué significa ser un espíritu libre. Mutis también escribe, un diario, entre otras cosas: “Todo es menester decirlo, meditarlo y escribirlo: pero siempre suspendiendo el juicio hasta que un competente número de observaciones y experimentos acrediten la verdad o falsedad de semejantes relaciones. La América, más que ninguna otra parte del mundo, está llena de semejantes credulidades. La razón de esto es muy fácil de deducir no siendo ésta una nación culta, ni absolutamente bárbara.”

El 16 de julio de 1799 llega Humboldt a la costa americana. En 1801 se encuentra con Mutis en Bogotá, Bonpland siempre presente.

Humboldt cumple el deseo de Diderot en *Sobre la interpretación de la naturaleza*: “La observación no requiere más que un uso habitual de los sentidos; la experiencia exige gastos continuos. Sería de desear que los nobles añadieran esta manera de arruinarse a tantas otras menos honrosas que ha imaginado.” 1753-1754.

Fuente. Rodríguez, Nuria: *La maleta de Humboldt: una arqueología de la modernidad*. Documento inédito. 2016-2019.

Humboldt no trabaja para ningún rey, noble o poderoso. Él mismo costea con su dinero todas sus expediciones, colecciones y ediciones. No pone ninguna bandera mientras avanza por tierras y aguas incógnitas. No agradece a Dios los encuentros, los descubrimientos, los hallazgos, no se acuerda de él cuando contempla la belleza, ni siquiera le pide salir con vida de las situaciones de peligro. Humboldt no conquista, no somete, no saquea: solo quiere conocer y divulgar el conocimiento. Humboldt inaugura la modernidad laica, científica, universal. Donde sus predecesores, a los que ha leído y conoce bien, inventariaban, describían y, en el mejor de los casos, admiraban, Humboldt es capaz de contemplar, de fundirse en, de reconocerse parte de la naturaleza, elemento de un sistema que le merece, íntegro, todo su respeto, por no decir amor.

Nuria Rodríguez tenía dónde elegir y ha elegido a Humboldt. Ha renunciado a la verdad.

Podía haber escrito y ha preferido leer, podía haber escrito y ha pasado ese tiempo recolectando, podía haber escrito y ha pintado, se ha manchado las manos: ese gesto que estuvo en el principio de todo y que corre el peligro de caer en el olvido.

Nuria Rodríguez podía haber escrito y ha escrito. ¿Qué ha escrito? ¿Qué realidad ha elegido? Todas las travesías empiezan con una pregunta, incluso con dos.

Esta última nota no se refiere al texto, que ya ha terminado; es una lectura de la exposición *Sistema Humboldt*. Escribe Friedrich Schiller en *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental*: “El poeta elegíaco busca la naturaleza, pero la busca en lo que tiene de bello, no solo en lo que tiene de agradable; en su acuerdo con las ideas, no solo en su indulgencia con la necesidad.” 1795-1796.



[1]

[1] Alexander von Humboldt (1805-1809) *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804: Plantes équinoxiales* / par Al. de Humboldt et A. Bonpland; rédigé par Alexandre de Humboldt. Paris: F. Schoell. (Digital image courtesy of Zentralbibliothek Zürich, NF 35 I F, <http://dx.doi.org/10.3931/e-rara-30036>)

[2]



[3]



[2] José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias: en que se tratan las cosas notables del cielo y elementos, metales, plantas y animales dellas y los ritos y ceremonias, leyes y gouierno y guerras de los Indios*. Madrid, casa de Alonso Martin, 1608. Biblioteca Històrica, Universitat de València

[3] *Atlas de historia natural* (manuscrito). [España], [entre 1575 y 1625]. Biblioteca Històrica, Universitat de València